

HISTORIA

DEL

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

POR

EMILIO CASTELAR

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
Biblioteca Volverde y Tellez

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCEORES DE RIVADENEYRA»

20, Paseo de San Vicente, 20

1892



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

43519

EIII  
C34



FONDO DE DIFUSION  
VALDEZ Y TELLEZ

AL SEÑOR

## D. TELESFORO GARCÍA

PRESIDENTE DE LA CÁMARA ESPAÑOLA DE COMERCIO EN MÉJICO.

*Querido Telesforo: Te consagro y dedico esta obra, en la cual, por mis antiguos oficios universitarios, he gastado algunos años, aunque la escribiera en dos, el corriente y el último, á demanda de poderosísimos editores extranjeros, que han publicado lo capital de toda ella, vertido á lengua inglesa, en ciudad tan célebre por sus periódicos y revistas excepcionales, como por su industria, por su navegación y por su comercio; en la ciudad de Nueva York. Yo profesé ante un auditorio joven, quien, renovándose todos los años, quedaba el mismo siempre por su atención á mis enseñanzas y por su amor á mi persona, en el primer instituto científico de nuestra patria, la Historia nacional, durante los tres más felices lustros de la carrera mía, y aquellas lecciones dieron al descubrimiento de América toda la importancia exigible por el hecho que ha, en el tiempo, abierto y caracterizado la edad moderna, pues á su virtud y eficacia llegaron las sociedades feudales hasta la unidad del Estado, como ha, en el espacio, al florecimiento primaveral del universo, rejuvenecido con las surrecciones de continentes, mares y archipiélagos, nunca vistos, la creación y la vida. Suele retóricamente decirse por los naturales y justos apologistas de mundo tan hermoso y progre-*

006375

sivo como América, que la humanidad, al hallarlo en período tan creador de suyo, como el Renacimiento, creyó haber hallado de nuevo el edén perdido por nuestro primer padre en el día fatal de su primera culpa. Y es verdad que la humanidad lo halló, pues desde las irrupciones bárbaras vivía bajo el recuerdo de aquella culpa, y recelaba la próxima terminación del planeta en una especie de mileranismo apocalíptico, precursor del Juicio final, donde habrán de romperse á una los siete sellos del enorme libro de la vida, venirse al horizonte sensible desde los cuatro extremos cardinales los ángeles exterminadores, enrollarse como un pergamino al fuego los espacios, caerse como en lluvia de cenizas las estrellas, y morirse la humanidad: ensueños semejantes á una pesadilla, que se revelan en las esculturas y en los cuadros y en las epopeyas medioevales, sugeridos por un terror al infierno y al diablo, sólo disipado del todo cuando á una dilatación del espacio nueva y á un diluvio de luz creadora y á un advenimiento de tierras con palmares vestidas y de metales preciosos coronadas y á un brillante centelleo de constelaciones australes que aumenten la copia de luminosas estrellas y á una savia virgen se rehace y se renueva de tal modo la vida, que sacude la humanidad el recuerdo de su culpa, como si hubiese visto de nuevo el llorado edén, y entrado, vencedora de la secular nirvana pesimista, en los tiempos gloriosos del progreso. La voluntad cree que lo puede todo, cuando ha logrado repetir el acto divino de la creación; y el pensamiento que puede cristalizarse por doquier, cuando ha invenido un mundo nuevo sin los escombros de las antiguas tradiciones con que tropezamos por todas partes en el viejo mundo histórico. Así han tenido razón cuantos han dado á nuestra edad por comienzo el año mismo en que fué América descubierta, y han creído que la serie de transformaciones, característica del espíritu moderno, comienza por esta capital transformación, por la transformación del espacio. La nueva humanidad se agrandó, como Anteo, así que pudo poner el pie con firmeza en la tierra, y tocó en el cielo con la frente,

como Júpiter, encontrando una base tan sólida y tan hermosa como América para punto de apoyo. No fué casual conviviera con Colón en la tierra el astrónomo Copérnico, que fijara como foco inmóvil de las elipses planetarias el sol; no fué casual conviviera con Colón el filósofo Vives, que llamara, mucho antes de Bacón Verulamio, el espíritu á la experiencia; no fué casual conviviera con Colón el artista que prestara, como Rafael, á la forma humana el vigor y hermosura perdidos desde que murió la Grecia clásica; no fué casual conviviera con Colón el monje, como Las Casas, que antes de Grocio proclamara el derecho natural y protestara contra todas sus violaciones; no fué casual convivieran con Colón los reyes que, como Luis XI y Fernando V, lucharan á brazo partido con el feudalismo y fundaran la unidad del Estado, generadora de nuestras progresivas naciones: el espíritu, uno en su esencia, se revela en diversas manifestaciones, matices diversos de la misma luz, que muestran tanto lo consustancial de todas ellas en el fondo, como lo idéntico de su origen celeste y de su finalidad providencial. En el descubrimiento de América, hecho capitalísimo, se hallaban encerrados todos los hechos con él correlativos, que significan y representan otras tantas lógicas determinaciones del espíritu moderno en la sociedad y en la historia.

Si nosotros reconocemos que América señala un punto de partida capital en el desarrollo de la Humanidad, nuestros hermanos de América están en el caso de reconocer que toda la cultura moderna y todo el espíritu vivificador de tal cultura les provino de la gente y de la tierra española, quienes hicieron los esfuerzos mayores de voluntad conocidos para descubrirla en bien de la especie nuestra toda entera, y emplearon el siglo de su mayor poderío y exuberancia iniciándolos en los principios de la civilización cristiana, cuyo aqúistamiento nos había costado edades y edades incalculables, según lo que dilatara la crítica contemporánea el tiempo, conforme ha dilatado la reciente astronomía el cielo. Podrán los animales vivir en lo presente, atenerse á lo útil,

recluirse dentro del ejercicio de sus instintos en los dos ministerios de alimentarse y de reproducirse; pero no los hombres, que muestran su eternidad cuasi divina dilatándose con el recuerdo en lo pasado y en lo porvenir con el presentimiento y la esperanza. Un testimonio de tamaña verdad nos ofrecen ahora los Estados Unidos del Norte al celebrar, no obstante su origen sajón y su lengua británica, el hecho capitalísimo de nuestra historia como un hecho capital de su historia propia, y al poner la invención de todo el continente, como generadora de su espíritu, en las alturas donde pusieron los franceses el día mayor de su inspirada revolución. Y no podrían sino pensar y proceder así los yankées en el claro sentido que los ilustra y en la natural propensión de todos los pueblos á dilatarse por lo pasado. Aquellas montañas que guardan todavía la sombra de sus primeros escaladores, cual guardan los volcanes de Sicilia el recuerdo de los primitivos titanes; aquellos ríos, como el Mississipi, abiertos al cambio universal por el valor español; aquellas ciudades, como San Francisco y San Agustín, que aun llevan los nombres de nuestro santoral, y aquellas otras denominadas con los apellidos de nuestro insigne Toledo y de nuestro Madrid por los agradecidos yankées; aquellos territorios de la Florida, que penetran en los espacios antillanos y revisten su flora y su fauna como para ser un lazo de unión entre la madre tierra hispánica y las hijas mismas que no hablan ya su lengua y que muestran muy mezclada su sangre con sangre diversa; todo esto dice cómo mantienen las razas boreales mismas el culto religioso debido á los atavismos fisiológicos y á las tradiciones seculares del creador tiempo, recordados en los anales de la historia, y á los entroncamientos de unas genealogías con otras, que forman como los ramajes del árbol de la vida, quien ¡ah! no puede por la inmensidad extender su copa sino á condición de que se hundan sus raíces en los sepulcros de las generaciones extintas. Cuando el año 74 nos apercibíamos á celebrar la Exposición de Filadelfia, yo anuncié que, al acercarse la fecha del Centenario de su descubrimiento, daría la América

sajona, en honra de la invención de su continente por España, una fiesta intercontinental á los pueblos, conforme con la que daba entonces en honra de su propia libertad y de su ya secular independencia. Y decía yo con este motivo: «América necesitaría perder la memoria y el habla para perder el recuerdo de nuestro nombre. Todo está en ella ligado con nosotros. Si quiere elevarse á los orígenes de su cultura presente y de su civilización cristiana, tiene que tropezar con aquel humilde convento de franciscanos, á cuya puerta pedía limosna un hombre que comenzaba á entrar en la edad madura, y que, sin embargo, tenía la cabeza cana, la cara arrugada por los profundos surcos de la idea y por los sacudimientos de la inspiración; astrónomo, poeta, guerrero, orador y navegante como los hombre-siglos de aquellas feraces edades; desconocido en Italia, desconocido en Inglaterra, desconocido en Francia, desconocido en Portugal, y sólo adivinado por la inspiración y audacia de nuestra España. No hay allí de extremo á extremo ningún objeto sin el sello de nuestro pensamiento. Las encendidas nubes del trópico guardan aún la escudriñadora y ardiente mirada de Pinzón; las islas de las Lucayas han sido vistas por la vez primera desde el mar con los ojos de un Rodrigo de Triana; por las campiñas de la Florida anda errante aun la sombra majestuosa de Ponce de León, que ha pasado, en alas de su fe, desde las vegas de Granada á las vegas del Nuevo Mundo; la tierra del Yucatán ha sido adivinada por un Fernández de Córdoba y por un Grijalba descubierto el inmenso imperio mejicano; la primera visita al golfo, que es por excelencia el seno comercial del joven continente, se debe á un Garay; la aparición de la Carolina meridional á un Vázquez; ese gran río, esa arteria de los Estados Unidos, que sobrelleva en sus espaldas los productos del trabajo humano, el Mississipi, yacería aún ignorado si un Soto no lo descubre entre fatigas increíbles, no lo atraviesa entre dolores y martirios sin cuento, pronunciando en sus selvas, al querer las tribus salvajes tomarle por un Dios sobre la tierra, el nombre sublime del Dios